

EDITORIAL

LA MISTICA DEL TRABAJO

Por primera vez se ha celebrado este año, el primero de mayo, la nueva fiesta cristiana del trabajo. Ello nos induce, teniendo en cuenta sobre todo las circunstancias actuales de nuestra patria, a insistir en un tema que nos es especialmente grato, aun a trueque de incurrir en repeticiones, que después de todo son necesarias cuando no se trata meramente de entender sino de inculcar y hacer eficaces las soluciones de los problemas. *Necesitamos trabajar*, trabajar mucho; especialmente por ser españoles y hallarnos en la actual coyuntura, no solamente económica sino política, social y aun religiosa; necesitamos crear y vivir una auténtica mística cristiana del trabajo.

Los pueblos, como las familias, tienen tres recursos elementales para satisfacer sus necesidades: *el robo, la renta o el trabajo*. Omitimos un cuarto modo: *la mendiguez*, que claramente es contraria a nuestro carácter colectivo y que no halla tampoco favor en el ambiente de nuestro tiempo ni en el egoísmo de las naciones.

Lo primero, lo *del robo*, hay que entenderlo, naturalmente. Los códigos penales ponen junto al robo, caracterizado por la fuerza y la violencia en las personas o en las cosas, otras figuras más suaves de delitos contra la propiedad: el hurto, la estafa, la defraudación, etcétera. Fuera del código quedan todavía otras muchas figuras semejantes... ¡Quién sabe, por ejemplo, lo que se contiene en nuestro genérico y modernísimo "estraperlo."!

Pues bien, todas las maneras de robar de los hombres tienen su equivalente, más o menos disimulado, en el trato de unas naciones y pueblos con otros. Por eso, aun siendo tan gloriosa nuestra historia, no me atrevería a declarar exenta de todo pecado, en épocas pretéritas, a nuestra Patria, según aquello de "¡quién dirá con fundamento, vein-

ticinco abuelos cuento y ninguno fué ladrón?" Pero al presente, en cambio, no hemos de tener miedo siquiera a la tentación; harto haremos con no hemos de tener miedo siquiera a la tentación; harto haremos con poder defendernos de los fraudes y coacciones de los demás; porque han progresado mucho los pueblos todos del mundo y nos hemos debilitado demasiado nosotros para poder pensar en vivir a costa de otros ni por la fuerza ni por el engaño. Podemos dar gracias a Dios por ello, en cierto sentido: hemos venido a caer de lleno, como nación, dentro de las bienaventuranzas: "beati pauperes..."

Tampoco podemos vivir *de renta*; porque no la tenemos después de la liquidación de nuestro patrimonio colonial y aun de nuestras reservas internas. Podemos también, en cambio, consolarnos con la idea de que no poco se relaciona la posesión de las riquezas con lo anteriormente dicho, ya que sin que asintamos a la proposición de Proudhon "la propiedad es un robo", hay que lamentar muchos casos de "propiedades", de individuos y de naciones, que sí lo son.

Si queremos pues vivir, y vivir con decoro, y progresar en nuestra vida y aun comunicar esa misma vida pujante y vigorosa a los demás, para seguir figurando noblemente en el concierto de los pueblos y poner nuestra marca hispana y cristiana de una manera indeleble en la marcha de la humanidad militante y triunfante *hemos de trabajar*. Pero trabajar con ahinco y perseverancia; trabajar denodadamente, entusiásticamente; en plan de verdadera cruzada de reconquista nacional; hemos de imponer el ascetismo moral del trabajo; subir hasta las cumbres de una auténtica mística del trabajo.

Y no escribimos lo que precede en momentos de exaltación ni con fines retóricos: sino con el convencimiento que sigue al estudio detenido y a la reflexión continuada; con ansias de redención y de apostolado.

Es lamentación constante la del escaso rendimiento de nuestros obreros. El hecho es cierto; y no nos toca ahora explicarlo ni excusarlo, sino incitar a su superación, como ha empezado a hacerse con felices métodos —entre otros medios— de remuneración y racionalización del trabajo. Pero es claro que sería tan hipócrita como ineficaz terminar con esto nuestra "reforma de vida" colectiva.

El rendimiento de nuestros oficinistas y personal administrativo es probablemente inferior al de los obreros manuales. Es el caso atávico de nuestra burocracia, eternamente ociosa y mal pagada, tan incapaz para producir como para consumir; imposibilitada por ello para promover por su parte un régimen de economía vigorosa y progresiva.

Y en los despachos de esas oficinas languidece gran parte de los talentos de nuestros mejores técnicos, que, después de superar las más

dífiles pruebas, carecen de materia a la que aplicar su saber, y se mueven, desde el principio al fin de sus profesiones esencialmente prácticas y utilitarias, en un ambiente teórico e ineficaz.

Nada digamos de otras profesiones o modos de vida que no logran desprenderse del sambenito de ociosidad que les colgó ya hace siglos nuestro pueblo, probablemente con alguna razón. No se ofenderán de la mención expresa nuestros queridos Licenciados en Derecho, cuya fecundidad s'empre creciente va en razón inversa de nuestros bienes, pero directa de nuestros llos, expedientes y pleitos; no se ofenderán, decimos, porque hay que reconocer que no les van en zaga otros muchos que quizá no tolerarían la mención y porque abundan también entre ellos los verdaderos amantes de la justicia que dan prestigio a la toga y hacen factible la esperanza de un saneamiento colectivo.

Están finalmente los capitalistas, propietarios, empresarios, comerciantes, hombres de negocios y financieros, a quienes incumbe una de las principales responsabilidades en el resurgimiento económico, social y aun religioso de toda España, mediante el uso debido de sus bienes y de sus talentos; pero respecto de los cuales se impone también la más prudente discriminación al juzgar de su capacidad y voluntad de trabajo. Porque, junto al propietario ejemplar abunda el latifundista perezoso y explotador; al lado de las inversiones productivas del capital se da el acaparamiento avaro y estéril de quien no sueña sino con tener siempre más y con mayor seguridad para un mañana que se le antoja siempre incierto; en contraste con el empresario progresivo que estudia a diario el modo de aumentar el rendimiento y el bienestar de sus obreros, en un régimen de creciente comprensión y cooperación, sigue dándose el caso del patrono que sólo piensa en multiplicar sus beneficios personales reduciendo todo lo posible el fondo de salarios, como en el mejor de los tiempos del *laissez faire*, que continuúa siendo para él, rico y poderoso el compendio de la sabiduría económica y político-social; sigue, en fin, habiendo afortunados hombres de negocios y financieros que, sin perjuicio de multiplicar sus millones al amparo de las azarasas oportunidades de la economía de la guerra y de la post-guerra y de los complicados mecanismos intervencionistas de nuestros tiempos proclaman, como los del grupo anterior, las excelencias de la economía liberal en cuanto los recursos fiscales o las instituciones de seguridad social afectan a sus rentas: sin que falten tampoco del todo los talentos financieros al servicio de los superiores intereses de una economía verdaderamente integral y nacional promotora del bien común.

Y la necesidad de trabajar es en la España actual tanto mayor

cuanto son mayores nuestros legítimos ideales de recuperación y de conquista.

Necesitamos ante todo elevar nuestro nivel medio de vida, uno de los más bajos de Europa, e inferior inclusive al de varias de las Repúblicas Sudamericanas.

Pero necesitamos elevar ese nivel no a costa de nuestra vitalidad en un régimen de aburguesado bienestar, sino en una marcha ascendente de crecimiento de población, que corte en seguida la vertical caída de nuestras cuotas de natalidad y acreciente con la densidad de población la potencia de España.

Necesitamos, todavía, que esa vitalidad se desborde en una corriente ordenada de emigración, que lleva a otras tierras, principalmente a las tierras de América, con nuestra lengua y nuestra sangre, la continuidad de aquel esfuerzo sublime de los descubridores, transformado ahora en el legítimo propósito de no cancelar los lazos nativos de hermandad ni dejar a la inmigración de otros pueblos, para que los cultiven y nos suplanten, aquellos campos prometedores de ubérrimos frutos.

Necesitamos trabajar para enviar a todas partes misioneros del Evangelio en su autenticidad católica, que rediman a muchas gentes de la infidelidad y de la herejía y perpetúen las conquistas espirituales de la España católica y misionera.

Las repercusiones económicas de un plan tan ambicioso son formidables. Un técnico demasiado calculador pensaría que se trata de realizaciones imposibles para el potencial económico de España y que sólo en parte podrían conseguirse con la ayuda de ingentes capitales extranjeros.

Contestamos que también a nosotros nos parecen imposibles las gestas de nuestros descubridores, desde San Francisco a la Tierra de Fuego y desde las Antillas a Filipinas. Aceptamos, sin embargo, una condicional: *no es posible todo esto con un esfuerzo mediocre y como para ir viviendo*. Hay que inculcar, sobre todo a nuestros jóvenes, el sentido de lo grande y heroico adaptado a las condiciones de los tiempos si hemos de hacer que "nos guste España". Y la condicional es también valedera para hacer posible la cooperación de ayudas extrañas: volviendo al símil del trabajador honrado: sólo a fuerza de honradez y de trabajo podrá lograr sobre la cuota de los propios ahorros el crédito personal que le permita superar su pobreza.

Trabajo, pues, pero *trabajo integral*. La frase es de Vázquez de Mella en su famoso discurso del teatro del Centro en 1920; en el que

no sólo tuvo la frase feliz, sino que expuso también la doctrina de la necesidad del concierto e intercambio del trabajo de todos los hombres, agrupado en la triple categoría de trabajo de *transformación* (el más vulgarmente reconocido como económico), trabajo de *protección* (jurídica, sanitaria, etc.) y trabajo de *perfección* (intelectual, moral, religioso); anticipándose así en más de diez años a la República, a la que no reprocharemos ciertamente el haberse definido, en el artículo primero de su Constitución, como formada por "trabajadores de toda clase en régimen de libertad y de justicia", sino el haber cínicamente conculcado tales principios. Trabajo, ni más ni menos, como lo proclama el *Fuero* de su nombre, "exigido —como deber social— en cualquiera de sus formas a todos los españoles no impedidos", "como tributo obligado al patrimonio nacional" y "uno de los nobles atributos de jerarquía y honor". *Trabajo perseverante y organizado*, en régimen de armonía entre la iniciativa individual y las directivas del Estado, a través de las legítimas autarquías locales y sociales (familia, municipio, empresa, sindicato, etc.) bajo el imperio de la justicia social y al servicio de la persona humana y del bien común.

"Lo que importa es que estos principios no queden en palabras..." Es verdadera y fuerte la objeción, pero no irrefutable. Sólo que es menester remontarse sobre la mera economía para poder resolverla.

Hoy son de máxima actualidad "las relaciones humanas" de la empresa. Se ha descubierto (!) que el obrero trabaja mejor cuando está más contento. Y que está más contento no sólo cuando gana más, sino cuando se le trata más en consonancia con su dignidad de hombre...

Es decir, que el hombre "no solo vive de pan"; y así es posible que el entusiasmo, el amor de los hijos y de la patria, la organización en equipo, el espíritu de solidaridad social, el mismo ímpetu revolucionario, sostengan el impulso al trabajo y aun lo eleven a términos de extraordinaria productividad y aun de verdadero furor.

Nadie duda de que los Estados Unidos deben a sus cualidades laborales más que a las riquezas de su suelo la extraordinaria prosperidad de que disfrutan. Tampoco podemos dudar de la expansión económica de la URSS, ni de la existencia de esa llamada "mística comunista", tan impropriamente como se quiera, pero con efectividad práctica que la Psicología y la Sociología saben explicar.

Pues bien, no hay duda que también nosotros, aun en el ámbito de las causas naturales, podemos crear como ellos ese clima de amor al trabajo que las circunstancias actuales de España con singular apremio requieren. Repitiendo frases del editorial de enero, diremos nuevamente que debemos educar nuestro patriotismo conforme a las exi-

gencias de los tiempos de paz y de nuestra actual relativa pobreza, "llevar de los tradicionales campos gloriosos de batalla a las batallas y a los campos de la producción el valor y cualidades de la raza".

Pero nosotros, además de españoles, somos cristianos; y los cristianos tenemos con toda propiedad una ascética y aun una mística del trabajo, de belleza y eficacia incomparables. Es menester que nos formemos y encumbremos en ellas.

Providencialmente contamos también en estas disciplinas del espíritu con un maestro actual incomparable. Desde que el mundo es mundo no ha contemplado espectáculo semejante al de ese desfile interminable y continuo de millares y aun de millones de "trabajadores de toda clase" y de todas las latitudes de la tierra en los ámbitos de los palacios, de la Basílica, y de las plaza y logias del Vaticano. Tan sólo en las últimas semanas, como más por menudo consignamos en la *Crónica* de este número, hemos visto desfilar desde humildes muchachas del servicio doméstico hasta encumbrados diplomáticos: confiteros y guardias suizos; señoras de Acción Católica y marineros de Chile; vidrieros y médicos; multitudes de agricultores y de obreros industriales. Y, entre la inmensa variedad de circunstancias y situaciones, siempre la predicación de una misma verdad bien alejada por cierto de la versatilidad y subjetivismo de la nueva "moral de la situación": la verdad de la ordenación de todos y cada uno a su fin último mediante el cumplimiento de su *deber*, de su *trabajo*, de su *profesión*, de su *oficio*; la imposibilidad de santificarse con meras formas de culto o piedad superficial, de espaldas a la vocación o situación de cada uno en la integridad de sus relaciones sociales.

Puestos en el camino sobrenatural no es demasiado difícil el tránsito de la ascética a *la mística*; ahora, sí: auténtica *mística del trabajo*. Son muchos los santos que se han elevado, por la acción ordenada, a la contemplación, para descender de nuevo a la acción cuando ha sido necesario. No hay incompatibilidad entre Marta y María. El taller de Nazaret es, sin duda, la escuela incomparable del trabajo humano y cristiano; de la mística del trabajo... ¡Cuán lejos estamos todavía de haber aprendido y practicado esa lección, que encuentra con todo cada día nuevos e inspirados intérpretes en todos los grados y jerarquías del cuerpo, también místico, de la Iglesia! La nueva fiesta de San José Artesano no es sino un nuevo eslabón de esa áurea cadena que intenta unir la tierra con el Cielo, después de haber enlazado en la tierra a todos los hombres de buena voluntad.

A muchos lectores les será conocida la Contemplación para alcanzar Amor con que termina San Ignacio sus famosos Ejercicios Espirituales. En el tercer "punto" de la misma, nos hace "considerar cómo

Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas sobre la haz de la tierra... Así como en los cielos, elementos, plantas, frutos, ganados, etc.". E invita al ejercitante a "reflexionar en sí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que debe de su parte ofrecer y dar a la su divina majestad, a saber todas sus cosas y a sí mismo con ellas"... Magnífica correspondencia la del trabajo a todo un Dios que trabaja por mí; correspondencia efectiva de amor con amor, que no será difícil acompañar de la afectiva... ¿No es ésta la verdadera mística del trabajo cristiano?